

## El Jubileo de los sacerdotes y seminaristas en Roma en el año de la Misericordia, Roma 1-3 de junio del 2016

*Daniel Watt, L.C.*

*Profesor invitado del Instituto Superior de Ciencias Religiosas del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma.*

**E**l Santo Padre Francisco celebró en Roma el Jubileo de los sacerdotes y seminaristas del 1 al 3 de junio del 2016. Congregó a más de seis mil provenientes de todas las diócesis, en especial las italianas, y sobre todo la de Roma. Mons. Rino Fisichella, Presidente del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, a quien el Santo Padre ha confiado la organización del Año Santo extraordinario, el Jubileo de la Misericordia, en Roma, invitó personalmente a algunos sacerdotes de cada diócesis, para unir la Iglesia con su presencia, con Prot. N. IM/1542/2015/P, el 26 de noviembre de 2015.

El lema escogido para el Jubileo fue: «*A imagen del Buen Pastor, el sacerdote es hombre de misericordia y de compasión, cercano a su gente y servidor de todos*», tema sobre el que también guió sus reflexiones el Romano Pontífice.

Como signo de comunión, cada Iglesia particular, fue invitada a vivir este momento jubilar replicando, de acuerdo con las circunstancias propias, las actividades que tendrán lugar en Roma.

Con este Jubileo, el Papa Francisco decidió, ante todo, que los sacerdotes y los seminaristas se detengan un momento en medio de sus muchas actividades pastorales, para encontrar un poco de descanso y de alivio en el corazón del Buen Pastor y en los brazos de su misericordia: «Es una gran oportunidad para fijar nuevamente la mirada en la persona de Jesús, para contemplar en Jesús este gran amor, esta misericordia, esta caridad pastoral y para agradecerle por las muchas maravillas que ha hecho por nosotros».

«Nosotros somos conscientes de nuestra debilidad y de nuestra pobreza. Por esto, necesitamos la Misericordia de Dios», agregó el secretario para los Seminarios de la Congregación para el Clero, precisando que este Jubileo extraordinario centrado en la misericordia es un momento muy importante

para quienes le han entregado su propia vida a Dios, para «comenzar de nuevo y responder de nuevo con generosidad a esta llamada divina».

«Es una gran oportunidad para renovarnos, para tomar de nuevo el perfume del Buen Pastor y compartirlo con nuestro pueblo, para recibir la efusión del Espíritu Santo y renovar nuestras fuerzas, la valentía y el entusiasmo de hacernos cercanos a todos», explicó monseñor Patrón Wong, quien también se refirió a los seminaristas de todo el mundo:

Son jóvenes valientes y alegres que han encontrado en la llamada de Jesús una gran aventura de vida y de amor. El sentido profundo de compartir una realidad que es mucho más grande que el propio corazón: ¡el amor de Cristo! He encontrado en los jóvenes este deseo de hacer una transfiguración interna, porque es interior, pero siempre con los demás. También veo sacerdotes y seminaristas que son amigos, que son hermanos, y que hacen un camino juntos para servir siempre y amar a las demás personas (Mons. Jorge Carlos Patrón Wong, secretario para los Seminarios de la Congregación para el Clero).

Veamos con más detalle cada una de las tres jornadas.

### *Primer día, miércoles 1 de junio, san Justino mártir: la preparación.*

En la primera parte de la jornada, los sacerdotes y seminaristas fueron invitados a dirigirse a uno de los templos jubilares establecidos por el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización para este Año Santo: San Salvador en Lauro (*Piazza di San Salvatore in Lauro, 15*); Santa María en Vallicella [Chiesa Nuova] (*Piazza della Chiesa Nuova*) y San Juan Bautista de los Florentinos (*Piazza dell'Oro, 1*), donde pudieron dedicar un tiempo a la Adoración eucarística solemnemente expuesta y la posibilidad de celebrar el sacramento de la Reconciliación. Algunos Misioneros de la Misericordia estuvieron a disposición de los participantes para las confesiones en varias lenguas. Fue también el momento oportuno para realizar la peregrinación hacia la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro, aprovechando el corredor especial que se ha preparado para los peregrinos, el cual inicia en las proximidades de Castel Sant'Angelo y conduce a través de la Via della Conciliazione, con la sugerencia de una franja horaria para vivir este momento, de modo que puedan ser acompañados en su propio idioma.

En la Audiencia General que se desarrollaba en la Plaza de san Pedro, el Papa saludó a todos los sacerdotes y seminaristas llegados a Roma por este motivo:

El viernes se celebra la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, este año enriquecido por el Jubileo de los sacerdotes. Invito a todos a orar en todo el mes de junio al Corazón de Jesús y a sostener con la cercanía y el afecto a sus sacerdotes, para que sean siempre imagen de ese Corazón lleno de amor misericordioso.

El segundo momento consistió, a partir de las 17.30 pm., en una catequesis sobre la misericordia, impartida por siete obispos, uno para cada idioma más universal, y seguida de la concelebración eucarística, en algunas iglesias del centro histórico de la ciudad: Iglesia de Santa María en Vallicella [Chiesa Nuova], Piazza della Chiesa Nuova, en italiano, Card. Gianfranco Ravasi (Presidente del Pontificio Consejo para la Cultura); Basílica de los XII Apóstoles (Piazza dei Santi Apostoli, 51), español, Card. José Luis Lacunza Maestrojuán (Obispo de David); Basílica de Sant'Andrea della Valle, (Piazza Vidoni, 6), inglés, Mons. Robert Barron (Obispo Auxiliar de Los Angeles); San Luis de los Franceses (Piazza di S. Luigi de' Francesi), francés, Mons. Vincent Dollmann (Obispo Auxiliar de Estrasburgo); Basílica de San Marcos Evangelista al Campidoglio (Piazza di San Marco, 48), polaco, Mons. Grzegorz Rys (Obispo Auxiliar de Cracovia); San Salvador en Lauro (Piazza di San Salvatore in Lauro, 15), alemán, Mons. Georg Gänswein (Prefecto de la Casa Pontificia); y en la Iglesia de Santa Mónica (Piazza S. Uffizio), portugués, Mons. Paulo Cezar Costa (Obispo Auxiliar de Rio de Janeiro).

Los sacerdotes de lengua española se reunieron en la Basílica de los Santos Apóstoles, la catequesis estuvo a cargo del Cardenal José Luis Lacunza Maestrojuán, obispo de David (Panamá) y agustino recoleto y tenía como título «El sacerdote, hombre de misericordia». A la catequesis del cardenal acudieron 500 sacerdotes provenientes de la misma Roma, de España, Paraguay, Argentina y otros países hispanoamericanos. El Cardenal comenzó su catequesis presentando al sacerdote como ministro de la misericordia y necesitado también de ella, y destacó que «la falta de disponibilidad de algunos sacerdotes para atender el sacramento de la reconciliación no se debe tanto a la falta de tiempo o a la pesadez del mismo, sino a la propia desidia en aceptar que ellos tienen necesidad de misericordia». Siguió su catequesis desgranando la figura del sacerdote y concluyó diciendo que para los sacerdotes «el principal fruto de este Año Jubilar sería recuperar la conciencia y la práctica habitual de la confesión». Concluida la catequesis todos los sacerdotes se revistieron para dar comienzo a la celebración eucarística. Con el Cardenal, que la presidía, concelebraban otros seis obispos, de distinta procedencia. En su homilía, puso como modelo sacerdotal al apóstol san Pablo, quien en la lectura, segunda carta a san Timoteo, exhortaba a su discípulo preferido a reavivar el don recibido en el momento de la ordenación.

*Segundo día, jueves 2 de junio, Retiro espiritual en la fiesta litúrgica de Jesús Sumo y eterno sacerdote.*

A pesar de ser un día festivo en Italia, fiesta nacional de la República, por lo que el transporte público se vio reducido, y algunas zonas del centro histórico de Roma estuvieron bloqueadas debido al desfile militar que ocupó sobre todo la vía de los Foros Imperiales, la asistencia de los seminaristas y sacerdotes fue importante.

La transmisión la realizó el Centro Televisivo Vaticano y en directo fue retrasmítido, a través de las principales redes televisivas católicas del mundo, por Tv2000 y Telepace en Italia. Entre las televisoras de otros países la RedeVida y Canção Nova (Brasil), Nueva Imagen y Canal 7 (Argentina), EWTN y BCTV (USA), TValicante (CETELMON-España) y además en *streaming* en el sitio web oficial del Jubileo, [www.im.va](http://www.im.va), donde fue posible escoger entre el audio original en italiano o la traducción simultánea en inglés, francés, español, portugués, alemán y polaco.

La gran novedad del evento jubilar fue posibilidad de seguir las meditaciones en tiempo real.

El Santo Padre ofreció tres meditaciones, una en cada una de las tres Basílicas Papales: San Juan de Letrán, Santa María la Mayor y San Pablo Extramuros. El Retiro había sido organizado de tal manera que cuando el Santo Padre hablaba en una de las tres Basílicas, los presentes en las otras dos Basílicas lo pudieron seguir en directo. Las meditaciones iniciaron con el rezo de la Liturgia de las horas intermedias, tercia, sexta, nona, e puntualmente ofrecidas a las 10:00, a las 12:00 y a las 16:00 horas; la retrasmisión duró aproximadamente una hora y un cuarto en total.

En primer lugar el Papa ofreció una introducción general al día de Retiro y tres sugerencias prácticas:

Este retiro espiritual, por tanto, irá por el lado de esa «simplicidad evangélica» que entiende y practica todas las cosas en clave de misericordia. Y de una misericordia dinámica, no como un sustantivo cosificado y definido, ni como adjetivo que decora un poco la vida, sino como verbo -misericordiar y ser misericordiadados- que nos lanza a la acción en medio del mundo. Y, además, como misericordia «siempre más grande», como una misericordia que crece y aumenta, dando pasos de bien en mejor, y yendo de menos a más, ya que la imagen que Jesús nos pone es la del Padre siempre más grande y cuya misericordia infinita «crece», si se puede decir así, y no tiene techo ni fondo, por que proviene de su soberana libertad.

La primera sugerencia que ofreció tiene que ver con dos consejos prácticos que da san Ignacio de Loyola y que dice: «No el mucho saber llena y satisface el alma, sino el sentir y gustar las cosas de Dios interiormente» (*Ejercicios Espirituales*, 2). San Ignacio agrega que allí donde uno encuentra lo que quiere y siente gusto, allí se quede rezando «sin tener ansia de pasar adelante, hasta que me satisfaga» (*ibíd.*, 76).

La segunda sugerencia para rezar tiene que ver con una forma de utilizar la palabra misericordia. Como se habrán dado cuenta, al hablar de la misericordia a mí me gusta usar la forma verbal: «Hay que misericordiar para ser misericordiadados». El hecho de que la misericordia ponga en contacto una miseria humana con el corazón de Dios hace que la acción surja inmediatamente. No se puede meditar sobre la misericordia sin que todo se ponga en acción. Por tanto, en la oración, no hace bien intelectualizar. Con prontitud, y con la ayuda de la gracia, nuestro diálogo con el Señor tiene que concretarse en qué pecado tiene que tocar su misericordia en mí, dónde siento, Señor, más vergüenza y más deseo reparar; y rápidamente tenemos que hablar de aquello que más nos conmueve, de esos rostros que nos llevan a desear intensamente poner manos a la obra para remediar su hambre y sed de Dios, de justicia, de ternura. A la misericordia se la contempla en la acción. Pero un tipo de acción que es omne inclusiva: la misericordia incluye todo nuestro ser -entrañas y espíritu- y a todos los seres.

La última sugerencia va por el lado del fruto de los ejercicios, es decir de la gracia que tenemos que pedir y que es, directamente, la de convertirnos en sacerdotes más misericordiadados y más misericordiosos. Nos podemos centrar en la misericordia porque ella es lo esencial, lo definitivo. Por los escalones de la misericordia (cf. *Laudato si'*, 77) podemos bajar hasta lo más bajo de la condición humana -fragilidad y pecado incluidos- y ascender hasta lo más alto de la perfección divina: «Sean misericordiosos (perfectos) como su Padre es misericordioso». Pero siempre para «cosechar» sólo más misericordia. De aquí deben venir los frutos de conversión de nuestra mentalidad institucional: si nuestras estructuras no se viven ni se utilizan para recibir mejor la misericordia de Dios y para ser más misericordiosos para con los demás, se pueden convertir en algo muy extraño y contraproducente.

A los participantes se les repartió un folleto de unas 43 páginas, con las oraciones en siete idiomas, mapas, el programa de actividades, indicaciones prácticas, y el texto de la plegaria eucarística II para las concelebraciones.

La Archibasílica de San Juan de Letrán acogió a los sacerdotes - diocesanos y religiosos- pertenecientes a la diócesis de Roma y a los sacerdotes que prestan servicio en la Curia Romana.

Con el canto del himno *Veni Creator Spiritus*, inició la meditación intitulada, «*La misericordia es siempre exagerada*». El Papa en el texto leído, con diversos añadidos en el momento, recordó que esta primera meditación es sobre la misericordia porque siempre tenemos necesidad de una nueva conversión, de más contemplación y de un amor renovado. Y que nada une más con Dios que un acto de misericordia, así como a los pastores ‘impacientes’ de no ‘apalear’ a los penitentes. E invitó a convertirse en sacerdotes más «misericordiosos» y más misericordiosos. Invitó a una conversión la mentalidad institucional porque «si nuestras estructuras no se viven ni se utilizan para recibir mejor la misericordia de Dios y para ser más misericordiosos para con los demás, se pueden convertir en algo muy extraño y contraproducente». Una meditación que parte de lo nos hace sentir más miserable y por ello pedir la gracia de encontrar esto. Invitó también a no sentir la misericordia como un gesto que Dios tiene de vez en cuando, y saber que el Señor no solamente nos limpia sino que nos en corona, nos da dignidad. Y lamentar no haber aprovechado antes este don.

La parábola que nos propuesto para esta meditación es la del padre misericordioso (cf. Lc 15,11-31).

Nos situamos en el ámbito del misterio del Padre. Y me viene al corazón comenzar por ese momento en que el hijo pródigo está en medio del chiquero, en ese infierno del egoísmo, que hizo todo lo que quiso y, en vez de ser libre, se encuentra esclavo. Mira a los chanchos que comen bellotas. . . , siente envidia y le viene la nostalgia. Nostalgia por el pan recién horneado que los empleados de su casa, la casa de su padre, comen para el desayuno. La nostalgia. . . La nostalgia es un sentimiento poderoso. Tiene que ver con la misericordia porque nos ensancha el alma. Nos hace recordar el bien primero —la patria de donde salimos— y nos despierta la esperanza de volver. En este horizonte amplio de la nostalgia, este joven —dice el Evangelio— entró en sí y se sintió miserable.

Sin detenernos ahora a describir lo mísero de su estado, pasemos a ese otro momento en que, después de que su Padre lo abrazó y lo besó efusivamente, él se encuentra sucio pero vestido de fiesta. Da vueltas en su dedo al anillo de par con su padre. Tiene sandalias nuevas en los pies. Está en medio de la fiesta, entre la gente. Algo así como nosotros, si alguna vez nos pasó, que nos confesamos antes de la misa y ahí nomás nos encontramos «revestidos» y en medio de una ceremonia.

Detengámonos en esa «avergonzada dignidad» de este hijo pródigo y predilecto. Si nos animamos a mantener serenamente el corazón entre esos dos extremos -la dignidad y la vergüenza-, sin soltar ninguno de ellos, quizás podamos sentir cómo late el corazón de nuestro Padre. Podemos imaginar que la misericordia le brota como sangre. Que él sale a buscarnos -pecadores-, nos atrae a sí, nos purifica y nos lanza de nuevo, renovados, a todas las

periferias a misericordiar a todos. Su sangre es la sangre de Cristo, sangre de la Nueva y Eterna Alianza de misericordia, derramada por nosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Esta sangre la contemplamos entrando y saliendo de su corazón, y del corazón del Padre. Esto es nuestro único tesoro, lo único que tenemos para dar al mundo: la sangre que purifica y pacifica todo y a todos. La sangre del Señor que perdona los pecados. La sangre que es verdadera bebida, que resucita y da la vida a lo que está muerto por el pecado.

En nuestra oración serena, que va de la vergüenza a la dignidad, de la dignidad a la vergüenza, pedimos la gracia de sentir esa misericordia como constitutiva de nuestra vida entera; la gracia de sentir cómo ese latido del corazón del Padre se aúna con el latir del nuestro. No basta sentirla como un gesto que Dios tiene de vez en cuando, perdonándonos algún pecado gordo, y luego nos las arreglamos solos, autónomamente.

San Ignacio propone una imagen caballerescas propia de su época, pero, como la lealtad entre amigos es un valor perenne, puede ayudarnos. Dice que, para sentir «confusión y vergüenza» por nuestros pecados (y no perdernos de sentir la misericordia), podemos usar un ejemplo: imaginemos que «un caballero se hallase delante de su rey y de toda su corte, avergonzado y confundido en haberle mucho ofendido, siendo que de él primero recibió muchos dones y muchas mercedes» (*Ejercicios Espirituales*, 74). No obstante, siguiendo la dinámica del hijo pródigo en la fiesta, imaginemos a este caballero como alguien que, en vez de ser avergonzado delante de todos, el rey lo toma inesperadamente de la mano y le devuelve su dignidad. Y vemos que no sólo lo invita a seguirlo en su lucha, sino que lo pone al frente de sus compañeros. ¡Con qué humildad y lealtad lo servirá este caballero de ahora en adelante!

Ya sea sintiéndonos como el hijo pródigo festejado o como el caballero desleal convertido en superior, lo importante es que cada uno se sitúe en esa tensión fecunda en la que la misericordia del Señor nos pone: no solamente de pecadores perdonados, sino de pecadores dignificados.

Simón Pedro nos ofrece la imagen ministerial de esta sana tensión. El Señor lo educa y lo forma progresivamente y lo ejercita en mantenerse así: Simón y Pedro. El hombre común, con sus contradicciones y debilidades, y el que es piedra, el que tiene las llaves, el que conduce a los demás. Cuando Andrés lo lleva a Cristo, así como está, vestido de pescador, el Señor le pone el nombre de Piedra. Apenas acaba de alabarle por la confesión de fe que viene del Padre, cuando ya le recrimina duramente por la tentación de escuchar la voz del mal espíritu al decirle que se aparte de la cruz. Lo invitará a caminar sobre las aguas y lo dejará hundirse en su propio miedo, para tenderle enseguida una mano; apenas se confiese pecador lo misionará a ser pescador de hombres; lo interrogará prolijamente sobre su amor, haciéndole sentir dolor y vergüenza por su deslealtad y cobardía, y también por tres veces le confiará el pastoreo de sus ovejas.

Ahí tenemos que situarnos, en ese hueco en el que conviven nuestra miseria más vergonzante y nuestra dignidad más alta. Sucios, impuros, mezquinos, vanidosos, egoístas y, a la vez, con los pies lavados, llamados y elegidos, repartiendo sus panes multiplicados, bendecidos por nuestra gente, queridos y cuidados. Sólo la misericordia hace soportable ese lugar. Sin ella, o nos creemos justos como los fariseos o nos alejamos como los que no se sienten dignos. En ambos casos, se nos endurece el corazón.

Profundizamos un poco más. Nos preguntamos: y, ¿por qué es tan fecunda esta tensión? Diría que es fecunda porque mantenerla nace de una decisión libre. Y el Señor actúa principalmente sobre nuestra libertad, aunque nos ayude en todo. La misericordia es cuestión de libertad. El sentimiento brota espontáneo y cuando decimos que es visceral parecería que es sinónimo de «animal». Pero los animales desconocen la misericordia «moral», aunque algunos puedan experimentar algo de esa compasión, como un perro fiel que permanece al lado de su dueño enfermo. La misericordia es una conmoción que toca las entrañas, pero puede brotar también de una percepción intelectual aguda -directa como un rayo, pero no por simple menos compleja-: uno intuye muchas cosas cuando siente misericordia. Uno comprende, por ejemplo, que el otro está en una situación desesperada, límite; le pasa algo que excede sus pecados o sus culpas; también uno comprende que el otro es un par, que él mismo podría estar en su lugar; y que el mal es tan grande y devastador que no se arregla sólo con justicia... En el fondo, uno se convence de que hace falta una misericordia infinita, como la del corazón de Cristo, para remediar tanto mal y tanto sufrimiento como vemos que hay en la vida de los seres humanos... Menos que eso, no alcanza. ¡Tantas cosas comprende nuestra mente con sólo ver a alguien tirado en la calle, descalzo, en una mañana fría, o al Señor clavado en la cruz por mí!

Además, la misericordia se acepta y se cultiva, o se rechaza libremente. Si uno se deja llevar, un gesto trae el otro. Si uno pasa de largo, el corazón se enfría. La misericordia nos hace experimentar nuestra libertad y es allí donde podemos experimentar la libertad de Dios, que es misericordioso con quien es misericordioso (cf. Dt 5,10), como le dijo a Moisés. En su misericordia el Señor expresa su libertad. Y nosotros, la nuestra.

Podemos vivir mucho tiempo «sin» la misericordia del Señor. Es decir: podemos vivir sin hacerla consciente y sin pedirla explícitamente. Hasta que uno cae en la cuenta de que «todo es misericordia» y llora con amargura no haberla aprovechado antes, siendo así que la necesitaba tanto.

La miseria de la que hablamos es la miseria moral, intransferible, esa donde uno toma conciencia de sí mismo como persona que, en un punto decisivo de su vida, actuó por su propia iniciativa: eligió algo y eligió mal. Este es el fondo que hay que tocar para sentir dolor de los pecados y para arrepentirse verdaderamente. Porque, en otros ámbitos, uno no se siente tan libre ni siente que el pecado afecte toda su vida y, por tanto, no experimenta su miseria, con lo cual se pierde la misericordia, que sólo actúa con esa condición. Uno no va a la farmacia y dice: «Por misericordia, le pido una aspiri-



na». Por misericordia pide que le den morfina para una persona sumida en los dolores atroces de una enfermedad terminal.

El corazón que Dios une a esa miseria moral nuestra es el corazón de Cristo, su Hijo amado, que late como un solo corazón con el del Padre y el del Espíritu. Es un corazón que elige el camino más cercano y que lo compromete. Esto es propio de la misericordia, que se ensucia las manos, toca, se mete, quiere involucrarse con el otro, va a lo personal con lo más personal, no «se ocupa de un caso» sino que se compromete con una persona, con su herida. La misericordia excede la justicia y lo hace saber y lo hace sentir; queda implicado uno con el otro. Al dignificar, la misericordia eleva a aquel hacia el que uno se abaja y vuelve pares a los dos, al misericordioso y al misericordiado.

De aquí la necesidad del Padre de hacer fiesta, para que se restaure todo de una sola vez, devolviendo a su hijo la dignidad perdida. Esto posibilita mirar al futuro de manera nueva. No es que la misericordia no tome en cuenta la objetividad del daño hecho por el mal. Pero le quita poder sobre el futuro, le quita poder sobre la vida que corre hacia delante. La misericordia es la verdadera actitud de vida que se opone a la muerte, que es el fruto amargo del pecado. En eso es lúcida, no es para nada ingenua la misericordia. No es que no vea el mal, sino que mira lo corta que es la vida y todo el bien que queda por hacer. Por eso hay que perdonar totalmente, para que el otro mire hacia adelante y no pierda tiempo en culparse y compadecerse de sí mismo y en lo que se perdió. En el camino de ir a curar a otros, uno irá haciendo su examen de conciencia y, en la medida en que ayuda a otros, reparará el mal que hizo. La misericordia es fundamentalmente esperanzada.

Dejarse atraer y enviar por el movimiento del corazón del Padre es mantenerse en esa sana tensión de avergonzada dignidad. Dejarse atraer por el centro de su corazón, como sangre que se ha ensuciado yendo a dar vida a los miembros más lejanos, para que el Señor nos purifique y nos lave los pies; dejarse enviar llenos del oxígeno del Espíritu para llevar vida a todos los miembros, especialmente a los más alejados, frágiles y heridos.

Un cura hablaba de una persona en situación de calle que terminó viviendo en una hospedería. Era alguien cerrado en su propia amargura que no interactuaba con los demás. Persona culta, se enteraron después. Pasado algún tiempo, este hombre fue a parar al hospital por una enfermedad terminal y le contaba al cura que, estando allí, sumido en su nada y en su decepción por la vida, el que estaba en la cama de al lado le pidió que le alcanzara la escupidera y que luego se la vaciara. Y ese pedido de alguien que verdaderamente lo necesitaba y estaba peor que él, le abrió los ojos y el corazón a un sentimiento poderosísimo de humanidad y a un deseo de ayudar al otro y de dejarse ayudar él por Dios. De este modo, un sencillo acto de misericordia lo conectó con la misericordia infinita, se animó a ayudar al otro y luego se dejó ayudar él: murió confesado y en paz.

Así, los dejo con la parábola del padre misericordioso, una vez que nos hemos «situado» en ese momento en que el hijo se siente sucio y revestido,

pecador dignificado, avergonzado de sí y orgulloso de su padre. El signo para saber si uno está bien situado son las ganas de ser misericordioso con todos en adelante. Ahí está el fuego que vino a traer Jesús a la tierra, ese que enciende otros fuegos. Si no se prende la llama, es que alguno de los polos no permite el contacto. O la excesiva vergüenza, que no «pela los cables» y, en vez de confesar abiertamente «hice esto y esto», se tapa; o la excesiva dignidad, que toca las cosas con guantes.

El único exceso ante la excesiva misericordia de Dios es excederse en recibirla y en desear comunicarla a los demás. El Evangelio nos muestra muchos lindos ejemplos de los que se exceden para recibirla: el paralítico, cuyos amigos lo hacen entrar por el techo en medio del sitio donde estaba predicando el Señor; el leproso, que deja a sus nueve compañeros y regresa glorificando y dando gracias a Dios a grandes voces y va a ponerse de rodillas a los pies del Señor; el ciego Bartimeo, que logra detener a Jesús con sus gritos; la mujer hemorroisa, que en su timidez se las ingenia para lograr una estrecha cercanía con el Señor y que, como dice el Evangelio, cuando tocó el manto, el Señor sintió que salía de él una *dynamis*...; todos son ejemplos de ese contacto que enciende un fuego y desencadena la dinámica, la fuerza positiva de la misericordia. También está la pecadora, cuyas excesivas muestras de amor al Señor al lavarle los pies con sus lágrimas y secárselos con sus cabellos, son para el Señor signo de que ha recibido mucha misericordia, y por eso lo expresa así. La gente más simple, los pecadores, los enfermos, los endemoniados..., son exaltados inmediatamente por el Señor, que los hace pasar de la exclusión a la inclusión plena, de la distancia, a la fiesta. Esta es la expresión: la misericordia nos hace pasar «de la distancia a la fiesta». Y esto no se entiende si no es en clave de esperanza, en clave apostólica, en clave del que es misericordiado para misericordiar.

Concluyó rezando, con el «Magnificat de la misericordia», el Salmo 50 del rey David, que recitamos en los laudes todos los viernes. Es el Magnificat de «un corazón contrito y humillado» que, en su pecado, tiene la grandeza de confesar al Dios fiel que es más grande que el pecado. Situados en el momento en que el hijo pródigo esperaba un trato distante y, en cambio, el padre lo metió de lleno en una fiesta, podemos imaginarlo rezando el Salmo 50. Y rezarlo a dos coros con él. Podemos escucharlo cómo dice: «Misericordia, Dios mío, por tu bondad; por tu inmensa compasión borra mi culpa...». Y nosotros decir: «Pues yo (también) reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado». Y a una voz, decir: «Contra ti, Padre, contra ti solo pequé».

La Basílica de Santa María la Mayor acogió a todos los sacerdotes y seminaristas de lengua italiana que no pertenecen a la diócesis de Roma.

Después del canto del himno del Jubileo, «Misericordes sicut Pater», el santo padre inició la segunda meditación intitulada, «Dios no se cansa de perdonarnos, de recrear nuestros corazones.

Después de haber predicado sobre la «dignidad avergonzada» y la «vergüenza digna», que es el fruto de la Misericordia, vamos adelante con éste meditación sobre el «receptáculo de la Misericordia». Es simple. Yo podría decir solamente una frase e irme, porque es uno solo: el receptáculo de la misericordia es nuestro pecado.

Mírate a ti mismo, acuérdate de tu historia, cuenta tu historia y encontrarás tanta misericordia. Vemos cómo, entre los que trabajan en adicciones, los que se han rescatado suelen ser los que mejor comprenden, ayudan y exigen a los demás. Y el mejor confesor suele ser el que mejor se confiesa. Y podemos hacerlos la pregunta: ¿yo cómo me confieso? Casi todos los grandes santos han sido grandes pecadores o, como santa Teresita, tenían conciencia de que era pura gracia preveniente el hecho de que no lo hubieran sido.

Nuestros santos recibieron la misericordia. Puede hacernos bien contemplar a otros que se dejaron recrear el corazón por la misericordia y mirar en qué «receptáculo» la recibieron.

Pablo la recibe en el receptáculo duro e inflexible de su juicio moldeado por la Ley. Su dureza de juicio lo impulsaba a ser un perseguidor. La misericordia lo transforma de tal manera que, a la vez que se convierte en un buscador de los más alejados, de los de mentalidad pagana, por otro lado es el más comprensivo y misericordioso para con los que eran como él había sido. Pablo deseaba ser considerado anatema con tal de salvar a los suyos.

Pedro recibe la misericordia en su presunción de hombre sensato. Era sensato, con la sensatez maciza y trabajada de un pescador, que sabe por experiencia cuándo se puede pescar y cuándo no. Es la sensatez del que, cuando se entusiasma con esto de caminar sobre las aguas y de tener pescas milagrosas y se excede en mirarse a sí mismo, sabe pedir ayuda al único que lo puede salvar. Este Pedro fue sanado en la herida más honda que puede haber, la de negar al amigo. Pedro es el discípulo a quien más corrige el Señor en el Evangelio.

Juan será sanado en su soberbia de querer reparar el mal con fuego y terminará siendo ese que escribe «hijos míos», y se parece a uno de esos abuelitos buenos que sólo hablan de amor, él, que era «el hijo del trueno» (Mc 3,17).

Agustín fue sanado en su nostalgia de haber llegado tarde a la cita, y esto lo hacía sufrir mucho, y en aquella nostalgia fue curado. «Tarde te amé», y encontrará esa manera creativa de llenar de amor el tiempo perdido escribiendo sus Confesiones.

Francisco es misericordiado cada vez más en muchos momentos de su vida. Quizás el receptáculo definitivo, que se convirtió en llagas reales, haya sido, más que besar al leproso, desposarse con la dama pobreza y sentir a toda creatura como hermana, el tener que custodiar en silencio misericordioso a la Orden que había fundado. Aquí encuentro el gran heroísmo de Francisco: el tener que custodiar en misterioso silencio el Orden que había fundado.

Este es su gran receptáculo de misericordia. Francisco ve que sus hermanos se dividen tomando como bandera la misma pobreza. El demonio nos hace pelear entre nosotros defendiendo las cosas más santas pero con mal espíritu.

Ignacio de Loyola fue sanado en su vanidad, y si ese fue el recipiente, podemos vislumbrar lo grande que era ese deseo de vanagloria que se recreó en una tal búsqueda de la mayor gloria de Dios.

En el Diario de un cura rural, Bernanos nos relata la vida de un cura de pueblo, inspirándose en la vida del Santo Cura de Ars. Hay dos párrafos muy hermosos que narran los pensamientos íntimos del cura en los últimos momentos de su imprevista enfermedad: «Las últimas semanas que Dios me conceda seguir sosteniendo la carga de la parroquia... trataré de obrar menos preocupado por el porvenir, trabajaré tan sólo para el presente. Esa especie de trabajo parece hecha a mi medida... Pues no tengo éxito más que en las cosas pequeñas. Y si he sido frecuentemente probado por la inquietud, tengo que reconocer que triunfo en las minúsculas alegrías». Un recipiente de la misericordia pequeñito tiene que ver con las minúsculas alegrías de nuestra vida pastoral, allí donde podemos recibir y ejercer la misericordia infinita del Padre en pequeños gestos. Los pequeños gestos de los sacerdotes. El otro párrafo dice: «Todo ha terminado ya. La especie de desconfianza que tenía de mí, de mi persona, acaba de disiparse, creo que para siempre. La lucha ha terminado. No la comprendo ya. Me he reconciliado conmigo mismo, con este despojo que soy. Odiarse es más fácil de lo que se cree. La gracia es olvidarse. Pero si todo orgullo muriera en nosotros, la gracia de las gracias sería apenas amarse humildemente a sí mismo, como a cualquiera de los miembros dolientes de Jesucristo».

El «Cura Brochero», el beato argentino que pronto será canonizado, «se dejó trabajar el corazón por la misericordia de Dios». Su receptáculo terminó siendo su propio cuerpo leproso. Él, que soñaba con morir galopando, vadeando algún río de las sierras para ir a dar la unción a algún enfermo. Una de sus últimas frases fue: «No hay gloria cumplida en esta vida»; «yo estoy muy conforme con lo que ha hecho conmigo respecto a la vista y le doy muchas gracias por ello. La lepra lo había vuelto ciego. «Cuando yo pude servir a la humanidad, me conservé íntegros y robustos mis sentidos. Hoy, que ya no puedo, me ha inutilizado uno de los sentidos del cuerpo. En este mundo no hay gloria cumplida, y estamos llenos de miserias».

Era el cardenal Van Thuan el que decía que, en la cárcel, el Señor le había enseñado a distinguir entre «las cosas de Dios», a las que se había dedicado en su vida libre como sacerdote y obispo, y Dios mismo, al que se dedicaba estando encarcelado. Y así podríamos seguir, con santos, buscando como era el receptáculo de su misericordia. Pero ahora pasemos a la Virgen. ¡Estamos en su casa!

Subiendo por la escalera de los santos, en esto de ir buscando los recipientes para la misericordia, llegamos a nuestra Señora. Ella es el recipiente simple y perfecto, con el cual recibir y repartir la misericordia. Su «sí» libre a la

gracia es la imagen opuesta del pecado que llevó al hijo pródigo a la nada. Ella integra una misericordia a la vez muy suya, muy de nuestra alma y muy eclesial. Como dice en el Magnificat: se sabe mirada con bondad en su pequeñez y sabe ver cómo la misericordia de Dios alcanza a todas las generaciones.

Nuestra Señora tiene muchos modos de mirarnos, especialmente a sus sacerdotes, porque a través de nosotros quiere mirar a su gente. María nos mira de modo tal que uno se siente acogido en su regazo. María mira tejiendo, viendo cómo puede combinar para bien todas las cosas que le trae su gente. Mira con atención, se vuelca todo y se involucra entera con el que tiene delante. Mira de modo «íntegro, no tiene una mirada fragmentada.

Terminó con el rezo cantando de la Salve Regina, en cuyas invocaciones late el Espíritu del Magnificat, pues Ella es la Madre de la misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra. Sus ojos misericordiosos son los que consideramos el mejor recipiente de la misericordia, en el sentido de poder beber en ellos esa mirada indulgente y buena de la que tenemos sed como sólo se puede tener sed de una mirada. Esos ojos misericordiosos son también los que nos hacen ver las obras de la misericordia de Dios en la historia de los hombres y descubrir a Jesús en sus rostros.

La Basílica de San Pablo extra muros acogió a todos los sacerdotes y seminaristas de lengua no italiana y estuvo dotada con un servicio de traducción simultánea en español, inglés, francés, alemán, polaco y portugués. Los presentes recibieron una bolsa de comida de forma gratuita. Meditación que inició con el canto de la hora nona, y fue interrumpida, cosa inusual en un retiro, en tres oportunidades por aplausos, sin contar el aplauso final antes del inicio del Salve Regina.

Después del canto del himno *Veni sancte spiritus*, esta tercera meditación tuvo como título: «el buen olor de Cristo y la luz de su misericordia». El Papa propuso meditar sobre las obras de misericordia, ya sea tomando alguna de ellas, la que más sintamos ligada a nuestro carisma, ya sea contemplándolas todas juntas, viéndolas con los ojos misericordiosos de nuestra Señora, que nos hacen descubrir el vino que falta y nos alientan a hacer todo lo que Jesús nos diga, para que su misericordia obre los milagros que nuestro pueblo necesita. La gente perdona mucho a los sacerdotes, pero no la avaricia del dinero. Ser misericordioso no es sólo un modo de ser, sino el modo de ser. No hay otra posibilidad de ser sacerdote. Y que cuando falta misericordia no hay plan pastoral que funcione. Señaló que el espacio del confesionario es donde la verdad nos hace libres, y a ser poco curiosos en el confesionario, porque para perdonar no hay que interesarse como su fuera una película. Y si miramos las obras de misericordia en conjunto, el

mensaje es que el objeto de la misericordia es la vida humana misma y en su totalidad.

Hubo dos hermosas citas de santos que ejemplifican lo que quería decir:

«El Catecismo de la Iglesia Católica, hablando de las obras de misericordia, nos cuenta que santa Rosa de Lima, el día en que su madre la reprendió por atender en la casa a pobres y enfermos, ella le contestó: «Cuando servimos a los pobres y a los enfermos, somos buen olor de Cristo» (n. 2449) y del cura Brochero, que decía: «El sacerdote que no tiene mucha compasión de los pecadores es medio sacerdote. Estos trapos benditos que llevo encima no son los que me hacen sacerdote; si no llevo en mi pecho la caridad, no soy ni siquiera cristiano».

El pasaje evangélico fue tomado de la pecadora perdonada (*Jn* 8, 3-11).

Para pedir la gracia de ser misericordiosos en la confesión, y otra sobre la dimensión social de las obras de misericordia. Siempre me conmueve el pasaje del Señor con la mujer adúltera: como, cuando no la condenó, el Señor «faltó» a la ley; en ese punto en que le pedían que se definiera «¿hay que apedrearla o no?», no se definió, no aplicó la ley. Hizo como que no entendía, también en esto el Señor es un maestro con nosotros. Les salió con otra cosa. Inició así un proceso en el corazón de la mujer que necesitaba aquellas palabras: «Yo tampoco te condeno». Con la mano tendida la puso en pie, y esto le permitió que se encontrara con una mirada llena de dulzura que le cambió el corazón». En su diálogo con la mujer, el Señor abre otros espacios: uno es el espacio de la no condena. El Evangelio insiste en este espacio que ha quedado libre. Nos sitúa en la mirada de Jesús y nos dice que «no ve a nadie alrededor sino sólo a la mujer». Y luego, Jesús mismo hace mirar alrededor a la mujer con su pregunta: «¿Dónde están los que te categorizaban?» La palabra es importante, ya que habla de eso que tanto rechazamos, como es el que nos cataloguen o nos caricaturicen... Una vez que la hace mirar ese espacio libre del juicio ajeno, le dice que él tampoco lo invade con sus piedras: «Yo tampoco te condeno». Y ahí mismo le abre otro espacio libre: «En adelante no peques más».

La misericordia es fecunda e inclusiva. Las obras de misericordia son infinitas, cada una con su sello personal, con la historia de cada rostro. No son solamente las siete corporales y las siete espirituales en general. O más bien, estas, así numeradas, son como las materias primas —las de la vida misma— que, cuando las manos de la misericordia las tocan y las moldean, se convierten cada una de ellas en una obra artesanal. Es verdad que solemos pensar en las obras de misericordia de una en una, y en cuanto ligadas a una obra: hospitales para los enfermos, comedores para los que tienen hambre, hospederías para los que están en situación de calle, escuelas para los que tienen que educarse, el confesionario y la dirección espiritual para el que necesita consejo y perdón... Pero, si las miramos en conjunto, el mensaje es que el objeto de la misericordia es la vida humana misma y en su

totalidad. Nuestra vida misma en cuanto «carne» es hambrienta y sedienta, necesitada de vestido, casa y visitas, así como de un entierro digno, cosa que nadie puede darse a sí mismo».

Terminamos rezando el *Alma de Cristo*, que es una hermosa oración para pedir misericordia al Señor venido en carne, que nos misericordea con su mismo Cuerpo y Alma. Le pedimos que nos misericordee junto con su pueblo: a su alma, le pedimos «santificanos», a su cuerpo, le suplicamos «sálvanos», a su sangre, le rogamos «embriáganos», quítanos toda otra sed que no sea de ti, al agua de su costado, le pedimos «lávanos»; a su pasión le rogamos «confórtanos», como en la oración que hicimos al inicio, en la hora nona. Consuela a tu pueblo, Señor crucificado; en sus llagas suplicamos «hospédanos»... No permitas que tu pueblo, Señor, se aparte de ti. Que nada ni nadie nos separe de tu misericordia, que nos defiende de las insidias del enemigo maligno. Así podremos cantar las misericordias del Señor junto con todos tus santos cuando nos mandes ir a ti.

Concluyó contando que había recibido ayer una carta, de un párroco en Italia, de tres pueblos de montaña, que lamentaba que a pesar de que uno se volvió sacerdote para sentir ese olor de ovejas, a veces es frustrante ver cómo se corre por el aparato burocrático y dejar a la gente casi abandonada». Y que esto no quita la alegría se ser pastor para y con la gente. Y si a veces no tiene el olor de las ovejas, al menos veo que la grey no olvidó a su pastor. Y concluye: Le agradezco también esos tirones de orejas que necesito para mi camino». O sea los palos.

La experiencia, externó el P. Enrique Álvarez, de la diócesis de Gijón, resultó muy «enriquecedora»; especialmente por la posibilidad de encontrarse con hermanos procedentes de muy diversas partes del mundo: «en San Pablo Extramuros pude hablar con sacerdotes escandinavos, africanos y americanos, y comprobar que tenemos diferencias, pero que son complementarias, todo ello en un ambiente muy gozoso».

Inmediatamente después de la tercera Meditación del Santo Padre hubo Concelebración Eucarística. Los sacerdotes que participaron en el retiro en la Archibasílica de San Juan de Letrán y en la Basílica de Santa María la Mayor tuvieron la concelebración en las mismas Basílicas, mientras que los que participaron en la Basílica de San Pablo Extramuros se dividieron por grupos lingüísticos en las siguientes iglesias: Basílica de San Pablo Extramuros (español y portugués); Pontificio Oratorio San Pablo, Viale di San Paolo, 12 (alemán); y la Parroquia de Santa María Reina de los Apóstoles, Via Antonino Pio, 75 (inglés, francés y polaco).

Para un sacerdote un retiro, un momento de desierto, unas horas de recogimiento son siempre un tesoro escaso. Este tiempo de Dios se intensifica si se vive juntamente con otros sacerdotes que buscan desde lo más

profundo de su alma renovar su espíritu y estilo de pastores con olor a las ovejas. Y más si el que predica es el Obispo de Roma y Vicario de Cristo en la tierra, no una vez sino varias, hablando de su experiencia, desde el corazón, sin miedo a los abucheos y sin querer los aplausos, buscando solo la *salus animarum*, con libertad de espíritu, con espíritu de profeta de nuestro tiempo y de nuestra Iglesia.

*Tercer día, viernes 3 de junio, Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.*

Las actividades de los anteriores días prepararon el corazón, *in crescendo*, a la celebración Eucarística del viernes 3 de junio, Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, y que este año celebraba el 160º Aniversario de la institución de su fiesta litúrgica, introducida en 1856 por el beato Papa Pío IX.

El Jubileo de los Sacerdotes culminó con la celebración de la eucaristía en la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús. La Santa Misa, presidida por el Santo Padre, y concelebrada por todos los sacerdotes presentes, a las 9:30 horas, en la plaza de San Pedro.

En su hermosa homilía habló del corazón del Buen Pastor que no es sólo el corazón que tiene misericordia de nosotros, sino la misericordia misma:

El corazón del Buen Pastor nos dice que su amor no tiene límites, no se cansa y nunca se da por vencido. El corazón del Buen Pastor está inclinado hacia nosotros, «polarizado» especialmente en el que está lejano; allí apunta tenazmente la aguja de su brújula, allí revela la debilidad de un amor particular, porque desea llegar a todos y no perder a nadie. ¿A dónde se orienta mi corazón? Pregunta que nosotros sacerdotes tenemos que hacernos muchas veces, cada día, cada semana. Los sacerdotes han de buscar, incluir y alegrarse como el Buen Pastor:

*Buscar.* El profeta Ezequiel nos recuerda que Dios mismo busca a sus ovejas (cf. 34,11-16). Como dice el Evangelio, «va tras la descarriada hasta que la encuentra» (Lc 15,4), sin dejarse atemorizar por los riesgos; se aventura sin titubear más allá de los lugares de pasto y fuera de las horas de trabajo. Y no se hace pagar lo extraordinario. Al ir en busca, encuentra, y encuentra porque arriesga. Si el pastor no arriesga, no encuentra. No se queda parado después de las desilusiones ni se rinde ante las dificultades; en efecto, es obstinado en el bien, ungido por la divina obstinación de que nadie se extravíe. Por eso, no sólo tiene la puerta abierta, sino que sale en busca de quien no quiere entrar por ella.

*Incluir.* Cristo ama y conoce a sus ovejas, da la vida por ellas y ninguna le resulta extraña (cf. Jn 10,11-14). Su rebaño es su familia y su vida. No es un jefe temido por las ovejas, sino el pastor que camina con ellas y las llama por su nombre (cf. Jn 10, 3-4). Y quiere reunir a las ovejas que todavía no están con él (cf. Jn 10,16).



*Alegrarse.* Dios se pone «muy contento» (Lc 15,5): su alegría nace del perdón, de la vida que se restaura, del hijo que vuelve a respirar el aire de casa. La alegría de Jesús, el Buen Pastor, no es una alegría para sí mismo, sino para los demás y con los demás, la verdadera alegría del amor.

Y concluyó:

Queridos sacerdotes, en la celebración eucarística encontramos cada día nuestra identidad de pastores. Cada vez podemos hacer verdaderamente nuestras las palabras de Jesús: «Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros». Este es el sentido de nuestra vida, son las palabras con las que, en cierto modo, podemos renovar cotidianamente las promesas de nuestra ordenación. Les agradezco su «sí» para dar la vida unidos a Jesús: aquí está la fuente pura de nuestra alegría.

En la tarde, a las 18:00 horas, los participantes en el Jubileo de los Sacerdotes, tanto sacerdotes como seminaristas, agradecieron a Dios recitando juntos con el Santo Rosario de la Virgen María, en la Plaza de San Pedro.

El centro del mensaje del papa Francisco ha sido redescubrir al sacerdote como ministro de la misericordia. La catolicidad de la iglesia, y de sus sacerdotes, venidos de todos los continentes y tantos países: Togo, Camerún, Sri Lanka, Zimbabwe, Vietnam, Hong Kong, Corea del Sur, Brasil, Argentina, USA, Japón, Canada, Dinamarca, Francia, España, Alemania, Polonia, Inglaterra, México, Italia, y un largo etc. Un evento de fraternidad, reflexión, oración y comunión.

El legado del Jubileo de los sacerdotes y seminaristas no termina con los eventos públicos. Tenemos que saborear con tranquilidad los textos de sus tres mediaciones y homilía, sacarles el juego y el sabor, para enriquecer nuestro servicio. A ello podemos unir las homilías de la misa Crismal del Jueves Santo de los pasados años. Un tesoro de experiencia, motivación y exigencia para responsabilizarnos del don inmerecido que se nos concedió en beneficio del pueblo de Dios.